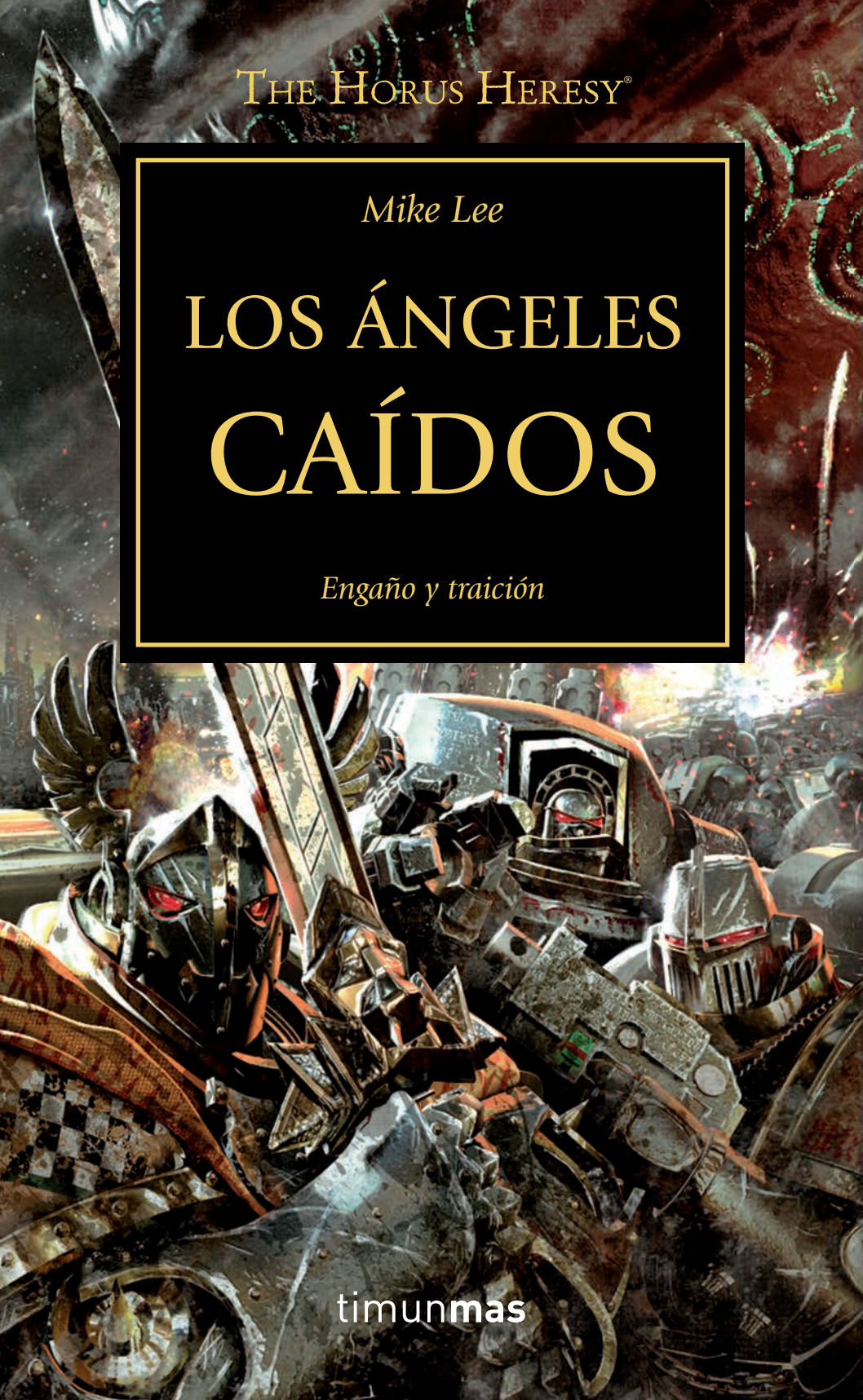


The background of the cover is a detailed Warhammer 40,000 illustration. It depicts a chaotic battle scene with various armored units, including what appear to be Imperial Guard tanks and Space Marine squads. In the foreground, a large, ornate helmet with red visor lenses and a checkered pattern is prominent. The scene is filled with smoke, fire, and the metallic textures of the war machines.

THE HORUS HERESY®

Mike Lee

LOS ÁNGELES CAÍDOS

Engaño y traición

timunmas

THE HORUS HERESY™

LOS ÁNGELES CAÍDOS

Mike Lee

timun**mas**

Título original: *Fallen Angels*
Traducción: Vicky Charques / Traducciones Imposibles

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Fallen Angels, Los ángeles caídos, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2009 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2009

© De la traducción Games Workshop Limited. 2010. Traducida y explotada bajo licencia por
Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2010, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios,
y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0319-0
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.260-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

Gordia IV

Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El llamamiento del primarca sorprendió al hermano redentor Nemiel en la base avanzada del Séptimo Capítulo en las estribaciones de Huldaran, a tan sólo veinte kilómetros al sur de la capital planetaria. Faltaban dos horas para el alba, y los hermanos de batalla del capítulo estaban completando el último control de sus armas y su equipo. Los últimos supervivientes de las maltrechas y violentas divisiones gordianas habían interrumpido por fin su larga y amarga retirada y habían decidido resistir entre las empinadas colinas gris acero. Los Ángeles Oscuros presentían que ésta sería la última batalla de una campaña que ya había durado meses para someter a aquel obstinado mundo.

La noche en aquellas llanuras azotadas por el viento había sido de una actividad frenética. El día anterior, el Séptimo Capítulo había recorrido doscientos kilómetros hostigando a la retaguardia gordiana y tenía poco tiempo para prepararse para asaltar las posiciones fortificadas enemigas. Nemiel había pasado mucho tiempo viajando entre los cuatro campamentos del capítulo, hablando con todas las escuadras, comprobando que estaban alerta y, cuando se lo pedían, aceptando sus juramentos de batalla en nombre del León y del Emperador. Acababa de informar al señor del capítulo Torannen de que estaban listo para el combate cuando recibió el mensaje de la flota: «Hermano redentor Nemiel y escuadra, preséntense en el buque insignia de inmediato. El transporte va en camino».

La Stormbird tomó tierra menos de quince minutos después, justo cuando los bombardeos preliminares imperiales empezaban a caer sobre los puestos de vanguardia del enemigo. Sorprendido y algo des-

concertado, lo único que podía hacer Nemiél era estrecharle la mano a Torannen, aceptar su juramento de batalla y observar cómo los vehículos blindados del Séptimo Capítulo pasaban con gran estruendo hacia el norte sin él y sin sus hombres.

En cuestión de minutos, la nave de desembarco estaba ascendiendo de nuevo. Tras describir una sola órbita alrededor del planeta arrasado por la guerra y tras tomar altura sobre sus tempestuosos océanos y las elevadas cordilleras coronadas de blanco, el piloto de la Stormbird estableció el rumbo hacia la escuadra imperial anclada sobre Gordia IV (y todo para tener que detenerse temporalmente mientras la barcaza de batalla completaba una operación de reabastecimiento y despejaba la cubierta de embarque). Después de que le hubiesen metido tanta prisa, Nemiél tuvo que sentarse y esperar mientras contemplaba el mundo gris verdoso a sus pies y se preguntaba cómo le iría a Torannen y a su capítulo en la batalla.

Había transcurrido media hora. Nemiél pasaba el rato escuchando a través del comunicador que conectaba con la red de mando de la flota y centró su atención en la constelación de naves de guerra y de transportes que rodeaban la barcaza de batalla del primarca. Recordó una época, cincuenta años atrás, en la que la 4.^a Flota de Expedición estaba formada por sólo siete naves. En Gordia VI, la nave insignia estaba acompañada de veinticinco naves de varios tipos distintos, y eso era apenas una tercera parte de la flota. El resto, organizadas en discretos grupos de combate, estaban en acción a lo largo y ancho de los Mundos Escudo, combatiendo contra la Liga Gordiana y contra sus aliados, los degenerados xenos.

Los navíos de guerra anclados alrededor de la nave insignia eran las escuadras de reserva de la flota, así como naves dañadas en las últimas acciones contra la pequeña pero poderosa armada espacial de la Liga. A los lados de los grandes cruceros *Duque de Hierro* y *Duquesa Arbellatrix*, los tripulantes de unas pequeñas embarcaciones se encargaban de reparar los flancos dañados por la guerra. Las antorchas de plasma centelleaban fríamente en la oscuridad mientras cientos de servidores reparaban la chapa del casco dañada y los emplazamientos de artillería destrozados. Tras varios minutos de observación ociosa, Nemiél advirtió una frenética actividad alrededor de otra decena de naves. Los cargueros y las lanzaderas no paraban de ir y venir desde una flota de inmensas naves de reabastecimiento y repartiendo de todo, desde combustible para reactores hasta latas de alimento a una velocidad vertigi-

nosa. Por primera vez sintió una punzada de inquietud y se preguntó si la Liga habría conseguido lanzar una contraofensiva sorpresa y coger a la legión desprevenida.

Cuando la Stormbird obtuvo por fin autorización para aterrizar, Nemiel detectó cierta tensión en el ambiente de la cavernosa cubierta de embarque que sólo sirvió para acentuar su desasosiego. Nerviosos oficiales y tripulantes trabajaban organizando cientos de toneladas de suministros y estibándolos lo más rápido posible. Las órdenes y las furiosas invectivas de los suboficiales quedaron ahogadas bajo el fuerte crepitar de la barrera magnética de la cubierta mientras dos Stormbird más embarcaban en rápida sucesión y aterrizaban justo detrás de la nave de Nemiel.

La rampa de la nave de desembarco tembló bajo el peso de los pies acorazados, y el hermano sargento Kohl dirigió a su pelotón hacia la cubierta. El terrano, que se había quitado el yelmo y lo había enganchado en su cinturón, contemplaba la frenética actividad con el ceño fruncido por el desconcierto. Nemiel observó a Kohl mientras el líder del pelotón se aproximaba hacia él a los pies de la rampa.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó.

Kohl negó con la cabeza. El sargento era uno de los astartes sobrevivientes más antiguos de la legión y había participado en las primeras batallas de la Gran Cruzada hacía doscientos años. Su rostro, curtido tras siglos de dura lucha al servicio del Emperador, era amplio y cuadrado y estaba cubierto de prominentes ángulos y de viejas cicatrices. Su negro cabello trenzado caía alrededor de su corto y ancho cuello, y sobre su ceja derecha relucían cuatro brillantes tachones de servicio. Cuando hablaba, su voz era grave como la de un bajo.

—Jamás había visto algo parecido —dijo con cautela—. Algo ha pasado, de eso no cabe duda. Parece que la flota se está preparando para una batalla.

El campo de contención de la cubierta de embarque (que estaba cada vez más abarrotada) volvió a crepitar y permitió el aterrizaje de dos Stormbird más. Las rampas de asalto descendieron y más pelotones de astartes, todos veteranos a juzgar por los honores de batalla que decoraban sus petos y sus hombreras, desembarcaron con una mezcla de desconcierto y de presteza profesional.

Un tono de alerta resonó a través de los altavoces del comunicador que estaban instalados en el techo.

—Que todos los líderes de escuadra y hombres al mando acudan al strategium inmediatamente.

Nemiel torció el gesto mientras observaba los altavoces. Incluso la voz del anunciante del puente de mando tenía un inusitado tono de preocupación.

—Parece que todo el mundo sabe algo que nosotros no sabemos —refunfuñó.

—Bienvenido a la Gran Cruzada, hermano —respondió Kohl con un gesto de la cabeza.

Nemiel se rió e hizo un gesto de burlona exasperación. Había luchado junto a Kohl y su escuadra muchas veces en las últimas décadas y había aprendido a apreciar su humor sarcástico, pero esta vez Nemiel advirtió cierto tono de tensión en la voz del veterano sargento.

—Vamos —dijo al tiempo que se dirigía hacia los ascensores que se encontraban en el extremo opuesto de la cubierta de embarque—. Intentemos averiguar qué está pasando.

La tripulación humana se ponía firme ante Nemiel, y sus compañeros astartes inclinaban la cabeza a su paso en señal de respeto. Cincuenta años de dura campaña habían dejado su impronta en el joven calibanita. Su armadura, salida de las forjas de Marte medio siglo atrás, estaba ahora llena de marcas y abolladuras sufridas en los incontables campos de batalla. Los armeros de la legión habían reemplazado su hombrera izquierda tras la batalla en Cyboris, y en la nueva le habían grabado escenas que rememoraban la carga de su capítulo contra los cazadores asesinos cyborianos. De la hombrera derecha colgaban varios galones fijados con oro y plata derretidos para conmemorar sus actos de valor contra muchos de los enemigos de la humanidad. Sobre los hombros portaba la capa de un iniciado veterano ribeteada con dobles bandas rojas y doradas que denotaban su rango en los Altos Misterios, una tradición de la vieja Orden de Caliban que había implementado su primarca. Se había dejado el pelo largo, como sus hermanos terranos, y lo llevaba recogido en apretadas trenzas atadas con hilo de plata. Pero de todas las condecoraciones y galardones que Nemiel había recibido durante el último medio siglo, del que más orgulloso se sentía era del reluciente báculo que llevaba en la mano derecha.

El crozius aquilum lo señalaba como miembro de la selecta orden de los Capellanes de la Legión, encargada de mantener el espíritu de lucha de sus hermanos de batalla y de conservar las antiguas tradiciones de su hermandad. Hacía ya diez años que lo habían nombrado para el puesto, tras el adusto asedio de Barrakan, en el que su capítulo se había visto aislado por los pielesverdes y estuvo atrapado en la base de fuego

de Endriago durante dieciocho meses. Al final tuvieron que defenderse de los ataques alienígenas con los puños y con trozos de acero afilado obtenidos de los restos de una fortificación bombardeada, pero a pesar de todo Nemiel nunca flaqueó. Luchó contra los pielesverdes sin descanso y exhortó a sus hermanos a realizar nobles actos de rebeldía a pesar de las escasas probabilidades de éxito. Con la rodilla destrozada tras recibir el hachazo de un pielverde, el calibanita agarró a la bestia por uno de sus colmillos y la pateó hasta la muerte por puro resentimiento. Cuando consiguieron atravesar la última línea de defensa, Nemiel se mantuvo firme frente a un inmenso paladín alienígena y se batió en un épico duelo que proporcionó tiempo al capítulo para lanzar un contraataque que consiguió acabar con la última de las fuerzas enemigas. Al día siguiente, cuando los guerreros, aliviados, consiguieron abrirse camino en la base de fuego, Nemiel permaneció en las murallas y celebró la victoria con el resto de sus hermanos. Tardó varios minutos en advertir las palmaditas sobre sus hombros y su espalda, y entonces se dio cuenta de que el resto del capítulo no estaba celebrando la victoria, estaba aclamándolo a él. Poco después todos votaron con unanimidad para que ocupase el lugar del hermano redentor Barthiel, caído durante las horas más aciagas del asedio.

Una década después, todo aquello todavía le resultaba algo irreal. ¿Él, un dechado de los ideales de la legión? Desde su punto de vista, lo único que había pasado es que estaba demasiado enfadado y era demasiado cabezota como para dejar que una panda de asquerosos pielesverdes se saliese con la suya. A solas, solía levantar el báculo y negar con la cabeza con incredulidad, como si perteneciese a otra persona.

«Esto debería haber sido de Zahariel —se había dicho a menudo a sí mismo—. Él era el idealista, el verdadero creyente. Yo sólo quería ser un caballero.»

No pasaba ni un solo mes en el que no se preguntase qué estaría haciendo su primo en Caliban y se arrepentía de no haberse despedido en Sarosh. La partida de Luther y del resto había sido repentina, y en aquel momento Nemiel había dado por hecho, como todos los demás, que pronto regresarían con la flota. Pero Jonson jamás volvió a hablar de ellos. Ni siquiera leía ya los partes regulares enviados desde Caliban, y relegó esa tarea a sus subordinados. Luther y los demás parecían haber sido totalmente desterrados de la mente del primarca y, conforme los años se convirtieron en décadas, los rumores y las especulaciones empezaron a circular entre las filas. Algunos opinaban que Jonson y Luther

habían discutido sobre el desastre que estuvo a punto de suceder en Sarosh, sobre viejos celos y sobre estúpidas enemistades que empezaban a surgir. Otros especulaban con la idea de que Luther y el resto tenían parte de responsabilidad por haber permitido que los saroshi hubiesen conseguido introducir la bomba en la *Causa Invencible*, lo que en ocasiones levantaba acalorados debates entre las facciones terranas y calibanitas de la legión. El primarca Jonson no se pronunció acerca de los rumores, y con el tiempo fueron quedando en el olvido. Ya nadie hablaba mucho de los exiliados. Sólo se los mencionaba en las lecciones de los nuevos iniciados a modo de ejemplo de que, una vez que alguien cae en desgracia, para Lion El'Jonson lo hace para siempre.

«Debería escribirle una carta a Zahariel», pensó distraídamente. Había empezado varias a lo largo de los años que habían transcurrido, pero acababa posponiéndolo cada vez que el capítulo se preparaba para desplegarse en un nuevo conflicto. Después empezó su tutela como capellán, lo que le ocupaba todo el tiempo que no estaba luchando o entrenando para la batalla, y, sin darse cuenta, el tiempo había ido pasando. Decidió volver a intentarlo en cuanto hubiesen conseguido controlar la crisis en curso. Nemiel pensó que, fuera cual fuese el problema, Jonson y la 4.^a Flota ya estarían manos a la obra.

El strategium de la barcaza de batalla, que daba al puente de mando de la nave de guerra y que actuaba como el centro de control de combate tanto de la *Causa Invencible* como de toda la 4.^a Flota en sí, estaba ya completamente lleno de gente cuando Nemiel llegó. Los oficiales humanos de cubierta inclinaron la cabeza y se apartaron mientras él y Kohl se reunían con sus hermanos junto al principal tanque hololítico del strategium. El ambiente en cubierta era tenso; los rostros de los as-tartes y de los oficiales humanos reflejaban inquietud, por mucho que intentasen disimularlo. Algunos procuraban ocultar su preocupación haciendo estúpidas bromas; otros se apartaron y centraron su atención en sus placas de datos o recibiendo informes de sus subordinados por medio de un comunicador, pero la realidad no escapaba a los ojos de un redentor adiestrado.

Unos instantes después de la llegada de Nemiel, los reunidos empezaron a agitarse. Los presentes se pusieron firmes mientras Lion El'Jonson, primarca de la Primera Legión, hacía su aparición en la entrada del strategium.

Como todos los hijos del Emperador, Jonson era el producto de la ciencia genética más avanzada de toda la humanidad. No había nacido, había sido esculpido, desde la fase celular, por las manos de un genio. El brillante cabello color dorado le caía en gruesos rizos sobre los anchos hombros y su piel era suave y pálida como el alabastro. Sus ojos verdes absorbían la luz y parecían brillar desde el interior como esmeraldas pulidas. Su mirada era penetrante e intensa como un láser.

Normalmente, Jonson prefería vestir una sencilla túnica blanca atada con un cinturón de cadenas de oro que acentuaba su imponente presencia física. Sin embargo, esta vez iba preparado para la guerra, envuelto en la intrincada servoarmadura que le había regalado el mismísimo Emperador. En las placas curvas de ceramita se habían grabado unas recargadas volutas de oro que enmarcaban la representación de distintas escenas del distante Caliban. En el peto podía verse una vívida estampa de un Jonson más joven luchando contra un aterrador león calibanita. La espalda del monstruo estaba arqueada y las zarpas se revolvían con furia hacia el cielo mientras los poderosos brazos del primarca lo agarraban por el cuello con la intención de partírselo. En la cadera, Jonson portaba la *Espada de Lion*, una gloriosa hoja forjada en Terra por los maestros armeros del propio Emperador. Una pesada capa verde esmeralda caía sobre la espalda del primarca, que avanzaba solemnemente como un ángel vengador.

Con la llegada de Jonson la cubierta quedó en silencio. Nemiél observó cómo las expresiones de los hombres y de los astartes cambiaban al ver al primarca. Incluso ahora, después de haber luchado junto a él durante tantas décadas, el calibanita se sentía intimidado en presencia del León. En numerosas ocasiones había comentado con Kohl y con los demás que era algo bueno que el Emperador hubiese librado a la raza humana de las supersticiones religiosas. De no ser así habría resultado demasiado fácil mirar a los primarcas y adorarlos como si fueran dioses.

Jonson, sin embargo, parecía completamente ajeno al efecto que causaba en sus subordinados; o tal vez estuviese tan acostumbrado a ello que lo aceptaba como un hecho fundamental, como la luz o la gravedad. Saludó a los oficiales de alto rango y a los viejos veteranos como Kohl con sombrías inclinaciones de cabeza antes de colocarse junto al proyector hololítico circular del strategium. Jonson introdujo un cristal de datos en la ranura del proyector, se detuvo apenas unos instantes para poner en orden sus pensamientos y empezó a hablar.

—Bienhallados, hermanos —les saludó Jonson. Su voz, normal-

mente melódica, sonaba apagada, como la de alguien que acaba de recibir un terrible golpe—. Siento haberos hecho abandonar vuestras funciones, pero esta mañana hemos recibido nefastas noticias del Emperador. —El León hizo una pausa y miró a los ojos a los oficiales y a los astartes que tenía más cerca y continuó—: El señor de la guerra Horus y su legión han roto su juramento de lealtad junto con los Devoradores de Mundos del primarca Angron, la Guardia de la Muerte de Mortarion y los Hijos del Emperador de Fulgrim. Han atacado con bombas víricas Isstvan III, el mundo más poblado del sistema, y lo han dejado completamente desierto. Se calcula que se han perdido doce mil millones de vidas humanas.

Muchos de los oficiales de la flota lanzaban ahogados gritos de espanto y de consternación. Nemiel apenas los oía. Sólo sentía sus sienes llenándose de sangre y un terrible escalofrío que parecía extenderse como una herida en el pecho. Las palabras del primarca resonaban en su cabeza, pero no tenían sentido. No podían tenerlo. Su mente se negaba a aceptarlas.

Entonces se volvió hacia Kohl. La expresión del sargento veterano permanecía impasible, pero sus ojos se habían vuelto vidriosos tras recibir aquel duro golpe. El resto de astartes asimilaba la noticia en silencio, pero Nemiel veía cómo aquellas palabras los desgarraban como un cuchillo de tortura. El redentor negó con la cabeza lentamente, como para sacudirse la espantosa información de la cabeza.

El primarca aguardó pacientemente a que los reunidos se tranquilizaran antes de continuar. Presionó una serie de controles que había en un lateral del proyector hololítico y el dispositivo cobró vida. Un detallado mapa tridimensional del sector Eriden apareció ante la asamblea. Los sistemas imperiales aparecían en un vivo color azul y, en el centro, el sistema Isstvan estaba señalado en un brillante rojo. Jonson presionó otra serie de controles y muchos de los sistemas estelares que rodeaban Isstvan cambiaron de color formando una creciente esfera irregular. Nemiel y muchos más estaban espantados al ver la gran cantidad de sistemas que cambiaron de azul a rojo y los muchos otros que cambiaron de azul a un apagado gris.

—Los motivos que han llevado al señor de la guerra a rebelarse son inciertos, pero la magnitud de sus actos no es exagerada. La noticia de la rebelión se ha extendido como un cáncer por todo el sector y más allá —dijo Jonson—, y ha reavivado viejas tensiones y ambiciones territoriales. Algunos gobernadores se han declarado abiertamente a favor

de Horus, mientras que otros ven la rebelión como una oportunidad de construir sus propios e insignificantes imperios. En tan sólo dos meses y medio, la autoridad imperial en el Segmentum Ultima se ha visto tremendamente comprometida y la discordia se está extendiendo también al Segmentum Solar.

Jonson hizo una pausa, analizó el patrón de disturbios representado en el mapa como si albergara secretos que sólo él podía ver.

—Es probable que agentes leales al señor de la guerra estén operando en ambos segmentos para ayudar a extender la creciente discordia. Observad cómo los estallidos de desórdenes se extienden de sistema en sistema por las rutas disformes más estables que llevan a Terra, la dirección desde la que es más probable que se originen represalias a gran escala.

Nemiel tomó aire y recurrió a las técnicas psicolingüísticas que había aprendido durante los entrenamientos para suprimir sus emociones y centrarse en los datos suspendidos en el aire sobre el proyector. A su parecer, los casos de revuelta en el Segmentum Ultima eran muy irregulares, pero Lion El'Jonson era famoso entre la legión (si no en todas partes) por su habilidad estratégica. Tenía una capacidad casi intuitiva para saber cuál era la correlación de fuerzas en un conflicto y para predecir su curso con una precisión extraordinaria. Eso lo convertía en uno de los mejores generales del Emperador, el segundo detrás del mismísimo Horus, y desde el punto de vista de muchos Ángeles Oscuros, quizá fuese incluso mejor que él.

—En cuanto llegó a Terra la noticia de la rebelión del señor de la guerra, el Emperador empezó a reunir una fuerza punitiva para enfrentarse a las legiones rebeldes y detener a Horus —continuó Jonson con gravedad—. Según el parte que hemos recibido, siete legiones, dirigidas por Ferrus Manus y sus Manos de Hierro, se dirigen en estos momentos a Isstvan, pero tardarán al menos entre cuatro y seis meses en llegar. Mientras tanto, Horus ha enviado a sus tropas a Isstvan V y está fortificando el planeta para defenderse del ataque que se le avecina.

Con el rabillo del ojo, Nemiel vio que Kohl cruzó los brazos sobre el pecho. Se volvió hacia el sargento terrano y vio que su rostro, curtido por el paso del tiempo, reflejaba desconcierto.

—Los próximos meses serán cruciales para Horus y las legiones rebeldes —prosiguió Jonson—. El señor de la guerra sabe que el Emperador responderá con todas las fuerzas que tenga disponibles. Ahora estoy convencido de que nos envió a los Mundos Escudo en un esfuer-

zo por dispersar a los sirvientes más leales del Imperio lo más lejos posible para reducir al mínimo el número de legiones a las que enfrentarse en un momento dado. Aun así, una fuerza de ataque de siete legiones completas supone una seria amenaza para la supervivencia de Horus; sobrevivir a un asedio de tal magnitud, por no hablar de vencerlo, requeriría transformar Isstvan V en un auténtico mundo fortaleza. Eso supondría una inmensa cantidad de suministros y de equipamiento en muy poco tiempo, la clase de material bélico que sólo una fragua trabajando a pleno rendimiento podría proporcionar.

El primarca ajustó los controles del proyector y centró la imagen en el subsector Eriden y sus vecinos. De repente destacó un sistema muy cercano a Isstvan que permanecía azul en un mar gris y rojo.

—Éste es el sistema Tanagra, situado al borde del colindante subsector Ulthoris. Como podéis ver, está a tan sólo 52,7 años luz de Isstvan y se encuentra en la ruta disforme más estable de camino a Terra. Este sistema es también uno de los más industrializados de todo el sector, con un mundo forja Clase I-Ultra llamado Diamat y con más de dos decenas de mineras y refinerías dispersas por todo el sistema. Tanagra fue redescubierto por la legión de Horus y se sometió relativamente pronto en la Gran Cruzada, y siempre ha sido un importante centro logístico para la región. —Jonson señaló el sistema iluminado con un gesto meditabundo y continuó—: No exagero al decir que quien controle el sistema Tanagra podría decidir el futuro de todo el Imperio.

Los murmullos se extendieron entre los reunidos. La voz del primarca continuó oyéndose sin problemas por encima de ellos.

—La traición del señor de la guerra nos ha cogido a todos desprevenidos, como era su intención —dijo, y su voz adquirió un tono frío e irritado—. A estas alturas, nuestras fuerzas están demasiado enredadas aquí, en los Mundos Escudo, como para responder rápidamente a la felonía de Horus; según los cálculos de mi personal, tardaríamos casi ocho meses en concluir nuestras ofensivas, aun con un plan de emergencia, y en prepararnos para un ataque contra Isstvan. E incluso si pudiésemos avanzar más de prisa, los agentes de Horus alertarían al señor de la guerra a tiempo de organizar un contraataque.

Jonson hizo otra pausa en su discurso y volvió a observar los rostros de espanto que lo rodeaban, y sus labios adoptaron una sonrisa rapaz.

—Sin embargo, una pequeña fuerza seleccionada cuidadosamente podría lograr lo que una legión entera no puede conseguir —continuó al tiempo que señalaba el sistema Tanagra—. Diamat es la clave. Si con-

seguimos mantener su riqueza industrial lejos de las manos de Horus, sus legiones y él estarían acabados.

Los murmullos entre los reunidos pasaron a convertirse en una creciente agitación. De repente, Nemiel comprendió la actividad frenética que tenía ocupada a la mayoría de la flota y la citación del primarca. Él era uno de los elegidos, junto a los demás astartes que se encontraban a bordo. De repente sintió que un intenso orgullo le inundaba el pecho. Y al mirar a su alrededor vio que muchos de sus hermanos estaban sintiendo lo mismo.

Jonson alzó su guantelete para pedir silencio.

—Como muchos de vosotros ya sabéis, he dado órdenes de que un buen número de nuestras escuadras de reserva se reabastezcan y se preparen para partir inmediatamente. También he hecho llamar a doscientos veteranos de los capítulos que se encontraban en el mundo a nuestros pies; todos los que he considerado que podíamos permitirnos enviar. Como sabéis, la campaña de los Mundos Escudo está en un momento crítico. Llevamos luchando contra los gordianos y contra sus degenerados aliados xenos desde hace meses, y ésta es nuestra mejor oportunidad de aplastar esa alianza de una vez por todas. Mi personal más experimentado será trasladado a bordo del gran crucero *Diezmador* dentro de una hora, y se quedará atrás para terminar las operaciones aquí, en los Mundos Escudo, lo antes posible. Dirigiré la expedición a Diamat personalmente, con un grupo de batalla de quince naves de guerra. Viajaremos ligeros. Dejaremos a los buques más lentos y a las naves de abastecimiento atrás y confío en que podamos reabastecernos cuando lleguemos a Tanagra. Nuestro navegante cree que si las actuales condiciones disformes continúan, llegaremos a Diamat en dos meses. —Jonson se cruzó de brazos y observó a los oficiales de la flota—. Una cosa más. Para la flota y, de hecho, para el resto de la legión, la *Causa Invencible* y las naves del grupo de batalla se están retirando para ser reparadas en Carnassus. Llevaremos unas cuantas naves dañadas con nosotros para no levantar sospechas. Es fundamental mantener la misión en secreto. Seguramente Horus haya enviado agentes a la región para vigilarnos, y no deben sospechar en ningún momento hacia dónde nos dirigimos realmente hasta que sea demasiado tarde para que pueda hacer algo al respecto. ¿Está claro?

Los oficiales asintieron con unanimidad. Nemiel y los astartes no dijeron nada. No había duda de que seguirían las instrucciones.

El primarca asintió de manera cortante.

—El grupo de batalla llevará anclas y partirá hacia el punto de salto del sistema dentro de diez horas y cuarenta y cinco minutos. Todas las reparaciones y los reabastecimientos en curso deberán estar completados a esa hora. Sin excepciones. —Jonson dirigió su atención de nuevo hacia el proyector hololítico—. Calculo que a estas alturas el señor de la guerra habrá enviado una flota de asalto a Diamat para empezar a saquear los suministros que necesitan —dijo—. Cuando lleguemos al sistema Tanagra, dentro de ocho semanas, deberemos estar totalmente preparados para la lucha.